

En cuanto á Luis, si en otro tiempo le temia por los secretos que podia revelar, la causa que se le habia seguido en la audiencia y por la cual fué absuelta, le daba una garantía contra él.

D^a Inés no pensaba ya, ni en Luis ni el Señorito, cuando una noche le anunciaron que un hombre preguntaba por ella.

—¿Qué clase de hombre es ese?—preguntó.

—Señora—contestó la esclava—es un pobre; pero parece que es todo un caballero.

—Quizá querrá alguna limosna—pensó D^a Inés, y salió á una antesala en donde aquel hombre la esperaba.

—Señora—dijo el desconocido—deseo hablar á solas con vuesa merced.

—¿Para qué?—preguntó D^a Inés con estrañeza.

—Tengo que decir á vuesa merced algo que le importa

—¿A mí?

—Sí, á vuesa merced.

D^a Inés reflexionó un instante, y luego dijo:

—Vamos á la sala.

Entraron á la sala de la casa, que era una gran estancia lujosamente tapizada y con elegantes muebles de caoba.

—Ya estamos solos—dijo D^a Inés.

—Inés!—esclamó entónces el desconocido—¿es posible que no hayas adivinado quién soy?

La dama lo miró con asombro por un instante.

—¿D. Guillen?—dijo.

—El mismo, Inés; el mismo: ¿será posible que me hayas olvidado? qué no me quieres conocer?

—No, no te he olvidado, Guillen; ¡pero has cambiado mucho!

XVIII.

De cómo pasaba la vida en México Doña Inés de Medina.

DOÑA Inés, merced á la influencia de D. Frutos Delgado y á su especial proteccion, habia logrado salir en libertad y conseguido la devolucion de una gran parte de los bienes que la Inquisicion le habia embargado.

La audiencia toda tomó parte en favor de la dama, y los inquisidores, que al fin eran hombres como todos, cedieron á sus exigencias.

Solo la casa de la calle de la Merced quedó vendida, y su precio se aplicó á las costas del litijio.

D^a Inés seguia viviendo en paz, rica y considerada, porque los oidores frecuentaban su casa.

Vagamente oyó contar la aventura del Señorito en la casa de Tlaltelolco, y supo que habia estado de gravedad; pero D^a Inés consideraba rotas completamente todas sus relaciones con él, y no queria ni recordar lo que con él habia concertado respecto de su boda.

—Mucho, mucho; en un año de sufrimientos he envejecido por veinte, y ahora pobre y apenas convalesciente salgo como de la tumba, y mis primeros pasos me guían á esta casa para buscarte, y para encontrarte tan bella y tan joven como siempre.

—Deja esas cosas que se queden para los jóvenes, porque ya nosotros no lo somos; yo no me olvido de tí, Guillen: ¿estás muy pobre?

—Mucho; tanto tiempo postrado en el lecho, sin atender á mis negocios, abandonado de mis amigos, mis criados me robaron y quedé casi en la miseria, y en esta época de prueba y de aislamiento, solo pensaba en tí, como en mi única esperanza, como en mi Providencia.

—Tienes razon, Guillen—dijo D^a Inés mostrando que se conmovia—tienes razon; yo no puedo olvidarte, yo no puedo abandonarte, yo seré siempre la misma para tí.

D. Guillen escuchó enternecido aquellas palabras, y se arrojó á los piés de la dama, tomándole una mano y exclamando:

—¡Eres un ángel, Inés! eres un ángel!

D^a Inés, entónces enternecida, abrió una rica limosneta que pendia de su cintura, y sacando de allí algunas monedas de oro las alargó á D. Guillen, que seguia todos sus movimientos con asombro.

—¿Qué es esto, Inés? ¿qué es esto?—preguntó el Señorito.

—Tómalas Guillen, tómalas, y cree que no tengo mas, y por eso nada mas te doy; pero tú sabes que no te olvido y no dejes de venir á verme.....

—¡Una limosna! ¡una limosna!—esclamó espantado D. Guillen, tomando las monedas y levantándose con un tem-

blor convulsivo—¡una limosna! ¿y piensas que por eso he venido? ¿para pedirte un puñado de oro? miserable! miserable! ahí tienes el caso que hago yo de tu limosna!

Y el Señorito arrojó con furor las monedas, que fueron rodando hasta perderse debajo de los muebles.

D^a Inés lo miraba con estrañeza, de buena fé no comprendia aquel corazon endurecido, lo que podia sentir el de D. Guillen.

—¿Pero qué es esto, Guillen? ¿por qué me insultas?

—Aquí quien insulta—contestó el Señorito con energía—sois vos, señora; vos, que os atreveis á dar una limosna á quien debia haber sido vuestro esposo; vos, señora, que tomáis á un caballero por un mendigo; vos que pensais que el sentimiento que me arrastró á buscaros fué el interes; señora, sois indigna de que un hombre os ame....

D^a Inés contestó con una carcajada.

—¿Os reís, señora? os reís? haceis bien; ahora lloro, lloro este desengaño horrible para mí; pero mañana, ¡ay de vos! yo seré el que ría y vos derramareis inútil llanto.

—Guillen, río, porque no puedo menos que reír al pensar en tu ridículo furor y en tus necias pretensiones, y río mas cuando escucho tus inofensivas amenazas: ¿pudiste pensar, pobre loco, que el dia de ayer era igual al de hoy? tú debias de haber sido mi esposo, eso pasó; ahora dime: ¿qué puede haber ya de comun entre nosotros?

—Inés!—esclamó el Señorito—tú fuiste mia, ¿puedes olvidarlo?

—Quizá habia yo sido de otro antes que tuya y lo olvidé, quizá mañana seré de alguno, y lo olvidaré despues como he olvidado tus amores.

—Víbora, miserable!...

—Eal basta de insultos, que no estoy dispuesta á sufrir; bastante ha sido ya mi paciencia, te lo he dicho, nada hay de comun entre nosotros, y mucho hago en reconocerte y darte un socorro; si no te moderas y callas, Guillen, te haré arrojar de mi casa por mis lacayos.

—¿Esto mas? esto mas? me vengaré, tiembla!

—Escusa amenazarme, y reflexiona que el tiempo en que vives es otro; que tú pobre y desvalido no tienes contra mí arma de ninguna clase.

—Recuerda á D^a Laura.

—¿D^a Laura? y qué me importa? la Audiencia ha conocido en esa causa y he sido absuelta.

—¡Quizá la Audiencia no conocia toda tu maldad!

—Te engañas, porque lo que no conoció fué tu nombre y tus delitos, que por jenerosidad, y porque aun te apreciaba no quise decir, por lo demás, todo lo supo, todo, y procura ir si te parece á darle algunos datos, y te contestarán que es negocio concluido, y quizá premien tu denuncia enviándote á galeras, para que no mueras de hambre ni te falte ocupacion: ¿te conviene?

D. Guillen miró á D^a Inés de una manera terrible, y luego sin contestarle, tomó su viejo sombrero y salió precipitadamente de la habitacion, murmurando entre dientes:

—¡Me vengaré, me vengaré!

D. Guillen se dirigió inmediatamente de allí á la calle del Reloj, á la casa de D. Lope de Montemayor.

El zaguan de aquella casa estaba cerrado.

La víspera de aquel dia habian enterrado á D^a Laura, y D. Lope no queria ver á nadie absolutamente.

La muerte de D^a Laura, cuya desaparicion habia dado mucho que hablar en la ciudad en el año anterior, pero que

se olvidó despues completamente, no fué sabida sino por el virey á quien D. Lope avisó.

El virey dió parte al rey, por cuanto D^a Laura le habia sido encargada, y se le pagaba una pension por las Cajas Reales, pero no refirió ninguno de los pormenores de la muerte de la dama.

D. Lope hizo á D^a Laura los últimos honores, y se encerró despues en su casa.

Por eso D. Guillen tuvo que llamar fuertemente á la puerta para que le abriesen.

—¿A quién busca vuesa merced?—preguntó un portero.

—Al señor D. Lope de Montemayor.

—No está visible.

—Sin embargo, anúnciale que D. Guillen de Pereyra desea hablarle.

—Voy á anunciar á vuesa merced.

D. Guillen esperó en la calle un largo rato, al fin oyó sonar el cerrojo, se abrió la puerta y un criado le dijo cortemente.

—Qué pase vuesa merced.

El Señorito, que ya conocia el camino, subió la escalera y se entró sin vacilar á la antesala.

—Dios guarde á vuesa merced—dijo el Señorito al ver á D. Lope.

—Sentaos D. Guillen—contestó secamente el jóven.

—Supongo que vuesa merced comprenderá que mi visita debe tener algun objeto de importancia.

—¡Tal creo!

—Pues bien, deseando ahorrar digresiones paso al asunto principal; vuesa merced conoce la suerte que tocó á D^a Laura.....

—Perfectamente—dijo D. Lope con extraordinaria calma.

—¿Sabe vuesa merced quién la redujo á ese estado?

—Estoy casi seguro de saberlo, y además, conozco á las personas que ayudaron á tan espantoso crimen.

—En tal caso escusemos hablar de todo eso; D^a Inés cometió el delito, y yo fuí su cómplice, su principal instrumento.

D. Lope al escuchar aquella confesion se puso encendido é hizo un movimiento como para levantarse, pero se contuvo.

—¡Sí, yo fuí el instrumento, el cómplice! puede vuesa merced vergarse en mí, castigarme, tendrá razon, yo lo conozco; pero antes vengo á proponerle una cosa: ¿quiere vuesa merced que le ayude para castigar á esa mujer? estoy dispuesto, luego hará de mí vuesa merced, lo que le perezca.

D. Lope no contestó, pero clavó su mirada en el Señorito como queriendo penetrar en su pensamiento.

D. Guillen no era ya aquel jóven altivo, elegante, audaz, que amó D^a Inés, era un hombre agobiado por la enfermedad y la miseria: sus ropas viejas y raidas, y su barba espesa, inculta y larga, le daban mas bien el aspecto de un mendigo.

En aquella situacion y á primera vista, el Señorito no podia menos de escitar un sentimiento compasivo, pero mirándolo detenidamente, se advertia en sus ojos algo de sombrío, de siniestro, que daba miedo.

Sin embargo, sostuvo la mirada de D. Lope con esa firmeza que tienen solo los que dicen la verdad.

D. Lope comprendió luego que aquel hombre no le engañaba.

—¿Y cómo podeis ayudarme—le dijo—para entregar á esa mujer?

—Yo no sé cómo podré ayudar á vuesa merced, porque no sé lo que vuesa merced querrá hacer con ella; pero en todo estoy á sus órdenes, con tal de que ella no se ría de nosotros.

—Necesito que salga esa mujer de su casa y tenerla en mi poder.

—La entregaré á vuesa merced; pero necesito algun apoyo.

—¿Y qué apoyo?

—Necesito que vuesa merced me preste á dos de sus esclavos ó criados de mas confianza.

—¿No teneis de quién valeros?

—Ya no; con mi enfermedad he perdido las relaciones útiles que tenia.

—Tendreis los criados.

—Ademas, algun dinero.

—¿Cuánto necesitais? pedídmelo con tal de que me entregueis á esa mujer.

—Respondo de ello á vuesa merced.

—¿Qué necesitais por ahora de dinero?

—Doscientos pesos, y quizá no os pida ya mas.

D. Lope, sin replicar, entró á un aposento que estaba contiguo, abrió una gabeta y sacó de ella un puñado de onzas de oro.

—Aquí teneis—dijo al Señorito poniendo el oro sobre una mesa.

D. Guillen sin precipitacion se levantó, se dirigió á la mesa y comenzó á contar; aquello hacia mas de trescientos pesos.....

—Sobra dinero—dijo.

—No importa, llevadle, que todo es para vos.

—Gracias—dijo secamente D. Guillen y comenzó á sepultar aquellas onzas en las bolsas de sus greguescos.

—Ahora con permiso de vuesa merced me retiro—dijo despues de haber terminado su operacion.

—¿Y cuándo volveré á veros?

—Muy pronto vendré á anunciar á vuesa merced que el pájaro está en nuestras manos, pero será esto de noche.

—Mejor, y á cualquiera hora llamad y haceos anunciar, porque yo no recibo á nadie.

—Pronto sabrá de mí vuesa merced.

—¡Ay de vos si me engañais!

—Confie vuesa merced en mí—contestó D. Guillen y salió alegremente de la casa de D. Lope.

El Señorito iba contento, porque tenia en planta su proyecto de venganza, y porque sus bolsillos estaban llenos de oro.

Aquel hombre no podia olvidar, ni el desprecio cruel de D^a Inés, ni la espantosa miseria que habia sufrido por tantos meses.

Como si ya tuviese dispuesto de antemano lo que habia de hacer, no se detuvo ni un momento á reflexionar, y se dirigió á la plaza de los estudiantes, en donde habia en aquellos tiempos algunas barberías en que se desollaban los rostros de los hombres de poco valer y de ninguna fortuna: allí por una cantidad insignificante, por cuatro, por seis tlacos, se echaba por tierra la mas tupida barba, y se *tusaba* al indio mas encopetado, dejándole como adorno dos largos mechones encima de las sienes, que se llamaban *balcarrias* ó *balcarrotas*.

D. Guillen entró en una de aquellas barberías, y en un cuarto de hora quedó sin un pelo en la cara.

Pagó y salió de allí en busca de ropa para reemplazar la que llevaba.

Entonces no habia almacenes de ropa hecha, ni sastres que confeccionaran un traje en pocas horas: la sastrería era en aquellos tiempos una ciencia llena de misterios y de dificultades.

Pero en cambio habia *los baratillos*, bazares á los cuatro vientos, en donde todo se compraba y todo se vendia, desde la ropilla y el ferreruero de un conde, que el lacayo escamotaba para sacar provecho, hasta la llave mohosa del cuarto que se llevaba el inquilino, que no pagaba renta, y que se desaparecia.

Nada se podia buscar que no se encontrase allí, nada se podia llevar allí que no hubiese álguien que lo buscara. Las necesidades se daban cita en el *baratillo*, la necesidad de comprar buscaba á la necesidad de vender, y allí se encontraban, allí terminaban los objetos una carrera para comenzar otra; allí estaba el verdadero comercio en todas sus formas, y con todos sus arbitrios.

De allí sacó un traje completo D. Guillen de Pereyra.

Esto era mas de lo que necesitaba D. Guillen para con-
vinar un plan que le diese el resultado que apetecia.

Poco trabajo le costó saber quién era el que acompañaba á la señora, y menos hacer amistades con él.

El Señorito fué muy pronto el amigo de confianza de Domingo, que así se llamaba aquel hombre, y era un moceton español candoroso y franco, incapaz de cometer una mala accion; pero tambien incapaz de ponerse á cubierto de las acechanzas de un truhan como D. Guillen.

—Si pudieras acompañarme mañana—le dijo un dia el Señorito—te llevaria á visitar á unas muchachas como unos soles.

—Toma!—contestó el otro—y bien que puedo, que mi perro vicio es visitar.

—Son tres, pero á cual mejor; tocan la vihuela, cantan y bailan, vaya que es una bendicion: qué salero y qué garbo de las currutacas.

—Bonitas, ¡eh!

—Lindas! cuando yo te digo que valen la plata....

—¿Y alegres?

—Como unas pascuas, y aquí en secreto te diré que tú como español vas á caer parado con ella.

—Toma! ¿con que les agradan los españoles?—dijo Domingo esponjándose como un pavo.

—Y bien, ¿qué no sabes que dicen aquí las muchachas: *camisa de Bretaña y marido de España?*

—Aguardo; yo no quiero nada de matrimonio.

—Tonto, si no se trata de matrimonio, sino de *gustar* allí un rato; son unas mulaticas que no hay qué pedir.

—Con que mulaticas, ¿eh?

—Sí.

XIX.

En donde se refiere de qué manera consiguió el Señorito lo que deseaba.

DON Guillen de Pereyra, con un nuevo traje y enteramente razurado, parecia otro hombre. Habia rejuvenecido diez años, y su aspecto era mas bien el de uno de tantos *estudiantes perdularios*, que el de un hombre de sociedad; ademas, él procuró que los vestidos estuvieran en consonancia con el papel que queria representar.

Una vez equipado de esta manera, comenzó á rondar la casa de D^a Inés, sin temor de ser ya conocido por ella.

Su objeto era informarse de las costumbres de la dama, y ya con uno, ya con otro de los criados, logró averiguar que D^a Inés salia poco de su casa; pero que tenia por costumbre ir cada dos ó tres dias de visita á la casa del Sr. oidor D. Frutos Delgado.

Supo, ademas, que á esta visita se hacia llevar, como acostumbraban algunas damas, en silla de manos, y que la acompañaba un paje ó rodrigon con un farol.

—Pues apuradamente que me muero por las mulaticas.

—Ya verás, ya verás.

—Y cuándo me llevas?

—Mañana, no te dije.

—Bueno, bueno; ¡y á qué hora!

—A las nueve de la noche.

—¡Demonio! aguardo!

—¿Qué te sucede?

—Demonio! que mañana no puede ser, hombre.

—¿Y por qué?

—Porque mañana le toca salir á la señora de visita.

—¿En la noche?

—En la noche, y yo la acompaño.

—Que vaya otro.

—¡Cál si solo en mí tiene confianza.

—Hombre, ¡qué malo está eso!

—Para otro día....

—Imposible! si ya les prometí que ibas mañana, y Juanita no hace sino preguntarme todo el día: ¿cuándo viene D. Domingo? cuándo viene D. Domingo?

—Toma! ¿quién es Juanita?

—La mas jóven, la que no tiene cortejo, cuenta ahora diez y seis años, y es una real moza, tan alta, tan garbosa, ¡con unos piesitos y unas manos! ¡y qué ojos! ¡qué ojos, negros y grandes como los de un venado, y que alumbran, alumbran.

—¿Y la boca?—dijo Domingo lamiéndose los labios.

—Como un clavel; los labios como una amapola de rojos, y los dientes [como una] sarta de perlas; aquella boca huele á rosa.

—¿Y dices que me espera?

—Y con ansia, porque yo la he dicho.... ya te podrás figurar lo que le he dicho.

—Hombre, ¿cómo haremos?

—Dime á qué hora sale la señora de su casa.

—Salimos á las ocho, en cuanto comienza la plegaria de las benditas ánimas.

—¿Y luego?

—La llevamos á casa de su señoría el oidor.

—¿Y luego?

—Luego, allí se está ella hasta las diez y media, y la traemos.

—Y mientras?

—Mientras, yo y los lacayos dormitando al pié de la escalera, da la hora, baja ella, y sin decir palabra se encaja en la silla, enciendo mi farol, y á casa.

—Entonces el negocio está arreglado.

—¿Cómo?

—Vas á dejar á la señora, te espero en la puerta de la casa, y mientras ella está en su visita, tú en la tuya; dan las diez y vuelves á esperarla.

—Pero hombre una hora es poco para mí.

—Mira; si estás contento, yo voy á acompañar á la señora en tu lugar, si te parece que ella no lo advertirá.

—Toma! no advertirá nada, que á esa hora ni me ve, mientras ella monta en la silla, yo voy á encender el farol al cuarto del portero.

—Entonces, arreglado.

—Bien, mañana á las nueve en la casa del señor oidor.

—No faltaré.

Como era natural no se le dificultó al Señorito entre sus

conocidas encontrar unas muchachas de alegre vida, que se comprometieran á pasar por sus recomendadas, y ni una trigueña buena moza que quisiera representar el papel de la mentada Juanita.

El oidor Delgado vivia por la calle de San Francisco, y por la Alameda las muchachas que el Señorito se habia proporcionado.

Llegó la noche; D^a Inés entró á la casa del oidor, y Domingo salió inmediatamente en busca de su amigo.

El buen hombre se habia acicalado como para hacer una conquista; D. Guillen le esperaba en la puerta.

—¿Vamos?—dijo Domingo.

—Vamos!—contestó el Señorito.

Y echaron á andar.

Durante el camino, signieron las alabanzas de las damas, y sobre todo, de Juanita, á la cual pintaba D. Guillen como una conquista muy difícil, pero ya casi enamorada de Domingo.

Llegaron á la casa; las muchachas aleccionadas y pagadas por D. Guillen, recibieron perfectamente á su víctima y comenzaron como el boa, á fascinarlo.

Domingo cayó como un niño en el garlito, y media hora despues era hombre perdido, y ni pensaba siquiera en su ama.

Pero á medida que avanzaba él en su negocio, avanzaba la noche.

De repente le llamó el Señorito.

—¿Te vas?—le dijo—son las diez.

—Tóma! ¡y pierdo lo aventajado?

—Sí, veo que has conseguido lo que nadie; está ya borracha la Juanita.

—Casi, casi.

—Tienes gran fortuna con las mujeres.

Domingo sonrió con fatuidad.

—Entonces, voy á desempeñar tus veces, y sé feliz.

—Dios te lo pague; me quedo.

Domingo se volvió á entrar y el Señorito salió á la calle y se dirigió á la casa del oidor.

No era cierto que fuesen las diez, pero á D. Guillen le convenia que su amigo estuviera ya sin cuidado, porque las muchachas debian entretenerlo á cualquiera costa toda la noche.

El Señorito entró á casa del oidor y les dijo á los lacayos:

—Domingo no viene y voy yo á acompañaros en su lugar.

Como los lacayos sabian la amistad tan grande entre Domingo y D. Guillen no estrañaron esto.

—Como que ese pícaro está en una casa con unas muchachas como estrellas, ¡y buenos vinos! aquí le saqué de ventaja una botella: daremos un trago á su costa.

—Veamos—dijo un lacayo.

—Pero aquí no; no nos vean los amos, en la calle.

La invitacion se aceptó tácitamente, y los tres salieron fuera del zaguán.

Allí comenzaron á beber, y muy pronto se agotó la botella.

—Aun quedó mas—dijo D. Guillen sacando una segunda.

Los lacayos, que comenzaban á turbarse, dieron tras la segunda, y luego tras la tercera: D. Guillen iba prevenido

Entonces ya aquellos dos desgraciados estaban incapaces de moverse.

D. Guillen les dió todavía mas, hasta que los dejó como dormidos.

—Arreglados—esclamó, y sacando un pequeño silbato, lo hizo sonar suavemente.

Como evocados por un conjuro, al oír aquel silbato, dos hombres aparecieron de entre las sombras.

D. Guillen habló en voz baja con ellos, y los tres entraron á la casa del oidor y se sentaron al pié de la escalera.

El portero, que en esta hora fiaba la custodia del zaguan á los criados de D^a Inés, descansaba sin pensar en ellos.

Sonaron las diez y media y á poco bajó por la escalera D^a Inés, enteramente cubierta con un manton.

Los dos hombres que habian llegado con D. Guillen ocuparon el lugar de los lacayos, y la dama sin verlos casi se entró á la silla, mientras D. Guillen encendia el farol en el cuarto del portero recatando su rostro con el sombrero.

D^a Inés se recostó en su asiento, corrió las cortinas de las ventanillas, y se dejó conducir indolentemente.

El Señorito con el farol en la mano salió de la casa del oidor seguido de los hombres que conducian la silla.

Al salir vió á los dos borrachos que yacian en el suelo como dos troncos.

Entretanto Domingo se estaba creyendo como á dos pulgadas de distancia de la puerta del paraiso.

XX.

En que se llega al fin de esta verídica historia.



A silla de manos conducida por los hombres que seguian á D. Guillen marchó por las calles de San Francisco, hasta la plaza principal, allí pasó por el puente que se llamaba de Palacio, y se dirigió para la calle de la Merced.

Como D^a Inés vivia en una calle inmediata al Colegio de San Gregorio, no le pareció que habia caminado mucho; ademas, las cortinillas iban corridas, y ella no se ocupaba de ver para la calle en razon de que como entonces no habia alumbrado en México, todas las calles parecian iguales en la oscuridad.

Así llegaron hasta la casa en que habia vivido el marqués de Medina.

Un hombre embozado hasta los ojos en una gran capa negra esperaba en la puerta, y al ver llegar al Señorito preguntó:

—¿Viene?

—Sí—contestó D. Guillen.

—Pues entrad—dijo el hombre abriendo la puerta por donde penetraron los que llevaban la silla.

El zaguan volvió á cerrarse inmediatamente.

Entonces sí, ya D^a Inés comprendió que pasaba algo extraño: al principio creyó que alguno de sus criados habia preguntado por ella y con objeto de saber quien era, antes que pensar en salir de la silla, levantó una de las cortinillas, precisamente por el lado en que veia la luz del farol.

Al momento desconoció la casa y el rostro de su conductor.

—¿Qué es esto?—esclamó con espanto.

—Salga su merced, señora—dijo el Señorito abriendo la puerta de la silla.

D^a Inés salió, paseando en derredor sus miradas, y procurando conocer el lugar en que estaba y las personas que le rodeaban.

Pero al principio le fué imposible.

—¿Pero qué es esto? ¿en dónde estoy? ¿quiénes sois vosotros?—decia.

—Señora—contestó el Señorito—veo que vuesa merced continúa con la mala memoria de siempre; yo ayudaré sus recuerdos; esta casa es la misma de vuesa merced.

--¡Mi casa!

—Sí, la casa en donde murió el señor marqués.

—¡Dios mio!—esclamó D^a Inés reconociendo la casa.

—Y yo soy su antiguo servidor, Guillen de Pereyra.

—¡D. Guillen! ¡D. Guillen! ¿pero qué objeto.....?

—Pronto lo sabrá vuesa merced, porque aquí hay un caballero que desea hablarla.

—¿Quién?

—Otro servidor de vuesa merced—dijo el Señorito mostrando á D. Lope que permanecía aún oculto entre las sombras.

—D. Lope de Montemayor—dijo éste adelantándose.

—¡D. Lope.....! pero si yo no tengo que hacer con ese caballero, apenas le conozco, y esto con motivo de la desgracia de mi padre.

—O mas bien, señora, con motivo de la desaparicion de D^a Laura—contestó gravemente D. Lope.

—Caballero, debéis saber que yo nada he tenido que hacer con esa dama, y la Audiencia me ha declarado absuelta.

—La Audiencia, señora, ha procedido como le ha parecido conveniente y no como era justo.

—Pero advertid, caballero, que la Audiencia era la única que tenia el derecho de juzgarme, y que me ha declarado inocente.

—Os engañais, señora; si la Audiencia torció el camino de la justicia, aun le quedan vengadores á D^a Laura.

—Es que yo soy inocente, y las pruebas de mi inocencia están en esos autos que podeis ver cuando os parezca mejor.

—Esos autos, señora, que no conozco, deben ser por fuerza un tejido infame de mentiras, supuesto que han dado vuestra inocencia por resultado.

—Ante un juez se prueba el crimen y se descubre la verdad.

—Ante un juez, señora, se cubre mejor el delito y se calumnia con mas facilidad á la inocencia.

—Quizá os convenceriais de lo contrario....

—Puede ser, señora; pero en este negocio tengo una seguridad completa; y sobre todo, perdemos el tiempo..... tened la bondad de seguirmos.

—¿A dónde?

—Puesto que estais segura de vuestra inocencia....

—Pero vos creis lo contrario.

—Tal vez logreis convencerme.

D^a Inés vaciló sobre lo que debia hacer; pero pensó que un rasgo de audacia podia salvarla; que quizá no pretendian aquellos hombres mas que aterrorizarla; y sobre todo, nada habia esenchado en lo que D. Lope le habia dicho que indicara que él estaba instruido de los pormenores del suplicio de D^a Laura.

Ademas, durante aquella conversacion, el Señorito habia callado, cuando con dos palabras podia confundirla.

—Tal vez—pensó ella—este sea un plan preparado por D. Guillen, para obligarme á entrar de nuevo en relaciones con él, y á darle mi mano..... sí, eso ha de ser.... infame! ya verá.....

Llegaron en esto al gran patio y á la puerta de la bodega que estaba ya visible, porque la leña habia sido quitada.

D. Lope abrió la puerta de la bodega y entró por delante llevando en la mano una bujía de cera; siguióle la dama y detrás de ellos el Señorito y los dos criados.

D^a Inés, al sentir el ambiente frio y húmedo de aquella galera, sintió un vago estremecimiento; pero se pudo sobreponer á su emocion.

—Señora—dijo D. Guillen con solemnidad—aquí tuvisteis emparedada á esa infeliz.....

D^a Inés retrocedió espantada; todo estaba allí preparado como el dia en que ella habia conducido allí á D^a Laura.

Entonces pudo comprender con horror la suerte que le esperaba; volvió el rostro con angustia, como buscando proteccion: cerca de ella estaba el Señorito.

—¡D. Guillen!—esclamó—¡D. Guillen! socórreme.....

—Ah!—contestó el Señorito con una sonrisa de burla, y metiendo la mano á una de las bolsas de sus greguescos—quieres una limosna, toma! y mira cómo no me he olvidado de tí.

Y diciendo esto, alargó á D^a Inés un puñado de onzas.

D^a Inés conoció lo que aquello queria decir; el Señorito se vengaba.

—¡Oh caballero!—dijo entonces dirijiéndose á D. Lope—¿qué pretendeis hacer conmigo? ¡oh aquí adivino una cosa horrible, espantosa, inhumana!

—Señora, no necesito decíroslo; vais á sufrir la suerte que preparásteis á D^a Laura: la pena del talion.... esa pena que la Audiencia de México no sabe, ó no quiere aplicar.

—¡Pero por Dios, caballero, si soy inocente, si esa dama jamás ha estado aquí.....

—Señora, aunque estoy seguro de lo que digo, quiero sin embargo confundiros, para que no tengais ni el consuelo de la queja; á ver vosotros, acercaos.

—Los dos lacayos se acercaron.

—¿De dónde hemos sacado nosotros á D^a Laura?

—De allí—contestaron los dos lacayos señalando el lugar en que estaba D^a Laura.

—¿Y en qué estado? preguntó D. Lope.

—Loca y moribunda—contestó uno.

—Loca y moribunda—repitió el otro.

—Y vos D. Guillen de Pereyra decid: ¿quién puso aquí esa dama?

—Yo, por órden de D^a Inés.

—¿Lo ois señora?

Pero D^a Inés no necesitaba oir nada de aquello, porque á gritos su misma conciencia se lo decia.

—Pues bien, señora, yo que recojí á esa víctima de vuestra furia infernal; yo que la he visto padecer y morir; yo que ni me dejo engañar como la Audiencia, ni quiero tampoco ser vuestro cómplice como los oidores, os condeno á ser emparedada como lo estaba D^a Laura....

—Señor!—esclamó cayendo de rodillas D^a Inés.

—No abrigueis esperanza, señora, porque he jurado por el alma de esa pobre mártir ejecutar esa sentencia; lo he jurado, y creo que debo cumplir ese juramento; mirad, señora, aquí hay tres hombres que conocen vuestro crimen tan bien como yo; ¿hay alguno que se atreva á levantar la voz en favor vuestro? miradles, señora.

D^a Inés de rodillas siempre, se volvió buscando entre aquellos hombres uno que quisiera interceder por ella. Pero todos los rostros estaban sombríos, y todas las miradas se apartaban de ella.

—¿Con que no hay esperanza?—esclamó —¡Dios mío! señores, soy una mujer infeliz; yo me arrepentiré, yo pasaré la vida en un convento llorando mi falta; yo repartiré mis bienes entre los pobres; yo haré que se hagan mil sufragios por el alma de D^a Laura; por compasion no me deis esa muerte horrible.

D. Lope estaba silencioso como una estatua.

—D. Guillen, por Dios, mira, yo he sido tuya, yo te amé, no me abandones; si quieres seré tu esposa, tu esclava, te lo ruego; por esas noches de felicidad que aquí mismo pasastes á mi lado, te lo ruego.

—¡Quieres una limosna!—contestó D. Guillen volviendo á presentar á D^a Inés un puñado de onzas—mira como no me olvido de tí.....

Al escuchar aquellas palabras, D^a Inés retrocedió como

si hubiera pisado una víbora, el furor se pintó en su semblante pálido, con ambas manos levantó de su frente algunos rizos que se desprendian sobre su rostro, y por un instante clavó en el Señorito sus ojos que parecian querer salirse de sus órbitas.

Aquella mujer así, podia decirse que estaba sublime, ó espantosa.

El Señorito, á pesar de su sangre fria y de su cinismo habitual, no pudo resistir el fuego de aquella mirada, y retrocedió tambien como buscando apoyo.

D. Lope se cruzó de brazos esperando el fin de aquella escena, porque D^a Inés parecia haberle olvidado completamente.

—¡Miserable!—esclamó por fin la dama dando un paso hácia el Señorito—¡Miserable! ¡así te vengas de una mujer indefensa, porque la tienes en tu poder, cuando no te hubieras atrevido ni á mirarla? ¡cobardel! ¡villano! ¡con una mujer!

—Tú no eres una mujer—contestó el Señorito animándose al escuchar aquellos insultos—tú no eres una mujer, tú eres un mónstruo al que es preciso esterminar; una víbora á la que por bien de la humanidad es fuerza matar....

—¿Mónstruo? ¡víbora? Guillen, sí, seré lo que quieras, pero todavía así, mónstruo ó víbora, te he honrado con alzarte hasta mí; á tí, miserable; á tí, que no eres mas que la hez mas inmunda de la sociedad, te desprecio y óyeme bien: nada me importa lo que tengo que sufrir, nada me importa ya la horrible muerte que se me prepara, porque no eres tú el que me la das, porque tú no eres para el hombre que me mata mas que lo que eras en otro tiempo para mí, menos que un criado, menos que un esclavo, un perro, un miserable, digno del desprecio....

—D^a Inés, dí cuánto quieras que no lograrás hacerme enojar; perro y miserable, pero tú has sido mía, y por amor.

—¡Por amor! ah! Guillen! he sido tuya porque las mujeres de mi clase se entregan por orgullo á seres viles y abyectos á quienes convierten en instrumentos de placer ó de diversion, pero sin que esto pueda disminuir ni por un instante el desprecio que se tiene á esos miserables.

—Y esos miserables al fin se vengan.

—¿Se vengan? ¿y esta venganza es tuya, perro esclavo? ¿tuya? ¿qué podrias haber hecho tú, sino arrastrarte como un reptil á mis plantas para pedirme una limosna?—¿tuyos son esos criados? ¿tuya es esta casa? ¿tuya es siquiera la idea del tormento que me espera? ¿qué es tuyo aquí?

—Mio, Inés, es el placer de verte humillada y abatida pidiendo gracia y arrastrándote como una serpiente; mio es el placer de contemplar tu muerte; mio es el placer de mirar tu agonía y tu angustia, eso es mio.

—Pues bien, si eso es lo único que tienes y lo único que quieres, yo te lo quitaré, yo te impediré contemplar ese espectáculo.....

Y diciendo estas palabras, D^a Inés se lanzó rápidamente sobre D. Guillen, se vió brillar como un relámpago la pequeña lengua de acero de una daga, y D. Guillen lanzó un grito y llevó las manos á los ojos.

—Sujetadla!—gritó D. Lope.

Los criados se arrojaron sobre D^a Inés, y comenzó entonces una lucha terrible.

Aquella mujer se defendia como una leona, procuraba herir, morder, escaparse de las manos de los lacayos que la tenian sujeta, y gritaba y aullaba, y maldecia como un condenado.

Por fin, los criados lograron quitarle la daga y atarle los brazos por detrás.

Entonces D. Lope se dirigió al Señorito, que permanecia inmóvil cubriéndose los ojos con las manos.

Al través de sus dedos brotaba la sangre.

—Estais herido?—preguntó D. Lope.

—Sí, mal herido.

—Quitaos las manos, examinaré....

D. Guillen apartó sus manos; D. Lope acercó la luz y lanzó una exclamacion de espanto.

La daga de D^a Inés habia pasado sobre los dos ojos del Señorito, casi en línea recta, y los dos ojos habian sido divididos casi por mitad.

—Ah!—gritó D^a Inés que no habia perdido ni uno solo de los movimientos del Señorito—Guillen, ¿ahora verás mis tormentos? ¿ahora te gozarás en contemplar mis agonías?

El Señorito nada contestaba.

—Estás ciego, ciego para siempre, infame! mas te valiera haber muerto, como yo voy á morir, contenta, contenta porque me he vengado.

El Señorito dió como loco un paso hácia donde escuchaba la voz de D^a Inés, y batió el aire con sus brazos, exclamando:

—¡Víbora! ¡infame!

Y D^a Inés rió con una alegría infernal.

D. Lope no pudo ya contenerse; aquella risa le habia horrorizado.

—Llevala!—esclamó con voz ronca.

Los criados tomaron de los brazos á D^a Inés y la llevaron en el nicho que habia en la pared.

muro
rostro
lamente-D.Guillén, ve-

Uno de ellos la sujetó, y el otro comenzó á colocar los pesados cubos de cantería que debían formar el muro.

La operacion era tan rápida como sencilla.

D^a Inés al principio no tenía ojos sino para ver al Señorito, ni pensaba sino en insultarle.

—Ya estoy en el suplicio—esclamaba—mírame, Guillen; gózate en mis dolores y en mi muerte; abre los ojos, ¿no me ves? ó es que no hay luz; pero no la habrá ya nunca para tí, nunca, ¿lo oyes? nunca.

Y aullaba y reía como una loca.

Pero de repente el hombre que la tenía sujeta la abandonó; el muro estaba ya casi á la altura de su pecho.

Una reaccion espantosa se verificó en el ánimo de aquella mujer. A su ira sucedió el pavor, y á los insultos y á las amenazas, el llanto y las súplicas.

Los criados seguían alzando el muro sin hacer caso de lo que ella decía.

—Por piedad!—esclamó D^a Inés—no cerreis el muro, dejadme vivir: oh! no me mateis así, tenedme aquí una semana, un mes, un año, dos, si queréis; pero que no muera yo; mirad, D. Lope, que yo no hice morir á D^a Laura; mirad que aquí puedo quedar suficientemente castigada; pero no me dejéis morir: ah! por Dios! debe ser una muerte horrible, en la desesperacion mas espantosa; ¡por Dios! ¡por Dios! ¡ay! no quiero! no! no! no!

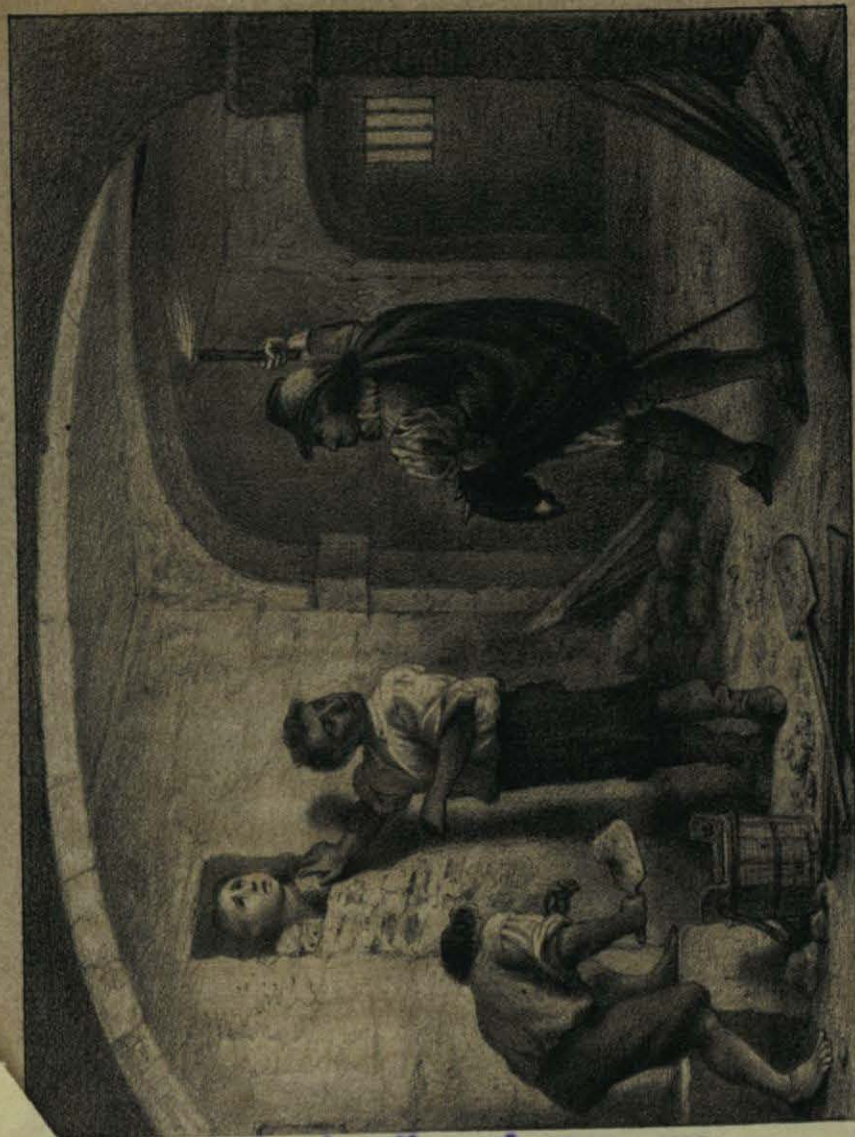
Y procuraba derribar el muro, que subía ya hasta la altura de su cuello.

herir, morder, adla—dijo D. Lope.

la tenían sujeta, y se retiraron. El muro no dejaba descubierto de D^a Inés.

condenado.

dijo friamente D. Lope—D. Guillen, ve-



Y procuraba derribar el muro, que subía ya hasta la altura de su cuello. —Dejadla, dijo don Lope. Los criados se retiraron. El muro no dejaba descubierto mas que el rostro de D^a Inés.

—Vamonos, dijo D. Lope friamente—D. Guillén, ve-

Uno de ellos la sujetó, y el otro comenzó á colocar los pesados cubos de cantería que debían formar el muro.

La operacion era tan rápida como sencilla.

D^a Inés al principio no tenía ojos sino para ver al Señorito, ni pensaba sino en insultarle.

—Ya estoy en el suplicio—esclamaba—mírame, Guillen; gózate en mis dolores y en mi muerte; abre los ojos, ¿no me ves? ó es que no hay luz; pero no la habrá ya nunca para tí, nunca, ¿lo oyes? nunca.

Y aullaba y reía como una loca.

Pero de repente el hombre que la tenía sujeta la abandonó; el muro estaba ya casi á la altura de su pecho.

Una reaccion espantosa se verificó en el ánimo de aquella mujer. A su ira sucedió el pavor, y á los insultos y á las amenazas, el llanto y las súplicas.

Los criados seguían alzando el muro sin hacer caso de lo que ella decía.

—Por piedad!—esclamó D^a Inés—no cerreis el muro, dejadme vivir: oh! no me mateis así, tenedme aquí una semana, un mes, un año, dos, si quereis; pero que no muera yo; mirad, D. Lope, que yo no hice morir á D^a Laura; mirad que aquí puedo quedar suficientemente castigada; pero no me dejéis morir: ah! por Dios! debe ser una muerte horrible, en la desesperacion mas espantosa; ¡por Dios! ¡por Dios! ¡ay! no quiero! no! no! no!

Y procuraba derribar el muro...

Y procuraba derribar el muro...
 cuba y hasta la altura de su cuello.
 -detada dijo don Lope.
 los criados se retiraron. El muro
 no dejaba descubrirte mas que el rostro
 de Inés.
 -Venos, dijo D. Lope tristemente-D. Guillen, ve-



LAS DOS EMPAREADAS.

¡Por Piedad! = dijo D^a Inés

nid conmigo, yo os haré curar; queria castigaros, pero Dios os ha castigado ya.

—Oh!—gritó con espanto D^a Inés—¿me vais á dejar? voy á quedar así, sepultada en vida? ¿aquí? ¿sola? oh! no tendreis ese corazon; por Dios, no me dejéis.

D. Lope tomó del brazo al Señorito, que caminaba con la cabeza inclinada y con paso trémulo é incierto.

Los criados les siguieron.

Entonces los gritos de D^a Inés fueron espantosos; tenían mas del aullido de una fiera que de la voz humana.

D. Lope, D. Guillen y los criados salieron de la bodega, y uno de estos cerró la puerta.

Poco despues estaban en la calle.

.....
.....
.....
Dos noches despues, un hombre que pasaba por el canal en una chalupa en las altas horas de la noche, oyó salir de la casa del marqués de Rio-florido tristísimos jemidos.

Se santiguó devotamente; aquella debia ser una alma en pena.

En aquella casa espantaban.

Al dia siguiente, contó la aventura á un amigo y vinieron ambos á escuchar á la misma hora.

Pero no oyeron absolutamente nada, y nadie volvió á ocuparse de semejante cosa.

Y nunca mas volvió á abrirse la casa del marqués de Rio-florido.
